PARAPSICOLOGIA O UNA MANERA DE ATAJAR

FELIPE MELLIZO

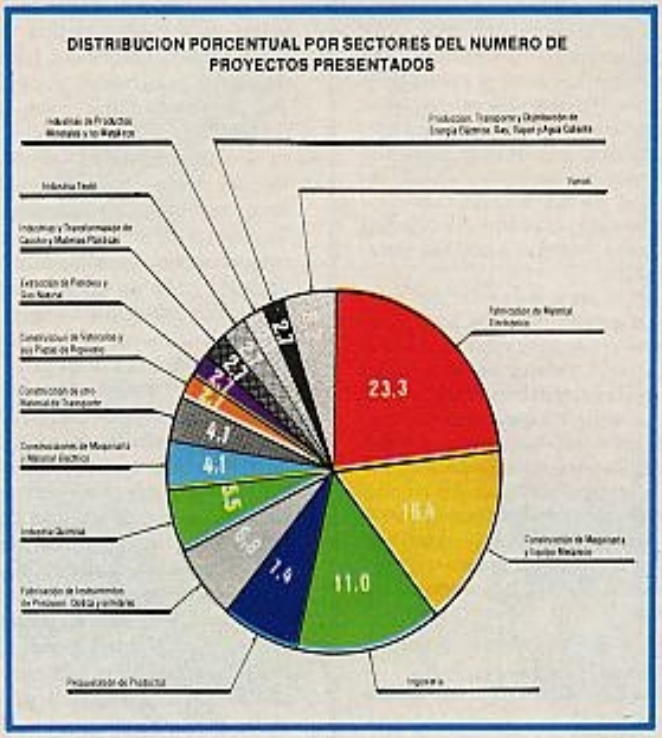
ENTRE los días 14 de enero y 31 de marzo se va a celebrar en Madrid el tercero de los Cursos de Parapsicología organizados por los jesuitas, que siempre fueron muy sabedores de estas cosas. La lista de temas que se van a tratar es, por sí misma, y sin más anotaciones, significativa. He aquí que todos los tentadores elementos de la misteriología popular van a ser descritos por los expertos, desde nuestros queridos OVNIS hasta la radiestesia, desde las psicofonías hasta las maravillas del ojo pineal, desde la percepción extrasensorial hasta la brujería. Juan Aguirre se ocupará de la astrología desde un punto de vista filosófico, Maritxu de Ulía, del simbolismo; Colin Bloc, de, nada menos, la fenomenología de las líneas telúricas, y otros muchos lo harán acerca de cosas igualmente hermosas o escandalosas, según se mire.

Como en otros ámbitos, en éste se mueve nuestro país con retraso respecto a otros, pero con ejemplar pasión. Y en la mayor parte de los casos, con una inocencia y un populacherismo que meten miedo, cuando no produce cierto pasmo por su ligereza y su dimensión charlatanesca. Naturalmente, a la gente le gusta muchísimo más convencerse de que se pueden pintar cuadros con el pensamiento que aprender Física, y esa es una de las razones del fenómeno. Pero hay otras, igualmente importantes: el hartazgo de las cosas obvias y razonables y la necesidad de sustituir la religión por otra historia. No es la primera vez que pasa.

En todos los momentos históricos de confusión los hombres han preferido buscar explicaciones de su destino en las vísceras de los bueyes mejor que en la aritmética, y esa tendencia ha facilitado el trabajo a los magos. Se están publicando cosas en nuestro país que, por lo menos a un grupo de lectores dispuestos a encender luces les están poniendo los pelos de punta. El hecho de que muchos arqueólogos serios, por ejemplo, se hayan pasado la vida tratando de averiguar qué son las líneas de Nazca, o qué significan los relieves de Palenque, es mucho menos divertido que la osadía de un despierto mercader suizo llamado Däniken, que firma ejemplares de sus libros en los grandes almacenes, entre lencería fina y obsequios para las mamás, y que nos tranquiliza mucho asegurando que el Arcángel San Gabriel y todos los demás tronos, dominaciones y potestades no eran sino hombrones llegados del lejano espacio, que llenaron la Tierra de aeropuertos. Es difícil encontrar una mejor manera de idiotizar a la muchedumbre en un periquete.

Toda esta bazofia es lamentable, pero no sólo por su capacidad embrutecedora, sino también —y sobre todo— porque la vilificación de estos temas nos está impidiendo acercarnos a ellos con los ojos abiertos. La parapsicología y todas sus ramificaciones habrían merecido mejor suerte, menores cabezas y mejor tratamiento. Aunque la historia es muy larga, vale para nuestro propósito aceptar que desde Newton la causalidad física es la explicación más aceptada de los misterios del cosmos: las cosas se mueven porque son empujadas y se terminó la historia. Es evidente que la explicación puede y debe ser sometida a crítica y que no se acaba ahí nuestra fascinante aventura. Pero ese principio de la causalidad ha servido para que, más o menos, sobrevivamos y de ninguna manera puede ser sustituido por vagos conjuros.

Desde que los hombres empezaron a discurrir, empero, intuyeron que había otros caminos de acceso a la verdad, además de los razonables. Schopenhauer, por citar a uno entre muchos, y no a un imbécil precisamente, decía que la causalidad física no es una explicación universal, sino que hay otra, simplemente otra, una especie de "entidad metafísica", de "conocimiento colectivo", capaz de explicar lo que a primera vista nos parece inexplicable. De muchas otras maneras habían dicho lo mismo, y bellamente, Pitágoras y Demócrito, Paracelso y Platón, Leibnitz y Kepler. Lo han seguido diciendo Einstein y Hoyle, Oppenheimer y Heisenberg, Freud y



Más sobre el CDTI

EN dos ocasiones se ha mencionado en esta sección al CDTI —Centro para el Desarrollo Tecnológico Industrial—, una entidad del Ministerio de Industria y Energía, dotado inicialmente por el Banco Mundial y el Gobierno español. No parece que sus funciones, ni siquiera su existencia, sean suficientemente conocidas. Bien, pues para aclarar en la medida de lo posible las cosas, el CDTI no es una especie de Banco que financie inventos, ni tampoco un centro de investigación tecnológica con sus propios laboratorios, talleres y fábricas. Tampoco es una entidad que se interese directamente en la ciencia teórica ni en las investigaciones estrictamente "puras", ni es una institución que conceda subvenciones a fondo perdido o cobre intereses por sus contribuciones.

El propio CDTI, que surgió como una idea para contribuir al desarrollo industrial del país, se define a sí mismo como ***catalizador y aglutinante de procesos de desarrollo tecnológico.***

Contribuye a la explotación de patentes, invenciones y tecnologías, participa en estudios de mercado y previsión tecnológica, ayuda técnica y económicamente al desarrollo de proyectos, facilita financiación para la adquisición de técnicas fordneas, informa a empresas y asociaciones, colabora en la creación de centros promotores de la innovación, ofrece un servicio de documentación y difunde las nuevas ideas en España y fuera de España. No es una entidad lucrativa, pero cuando llega a establecer un concierto con alguien para desarrollar un proyecto innovador comercializable, recupera su aportación por un porcentaje de los beneficios, si los hay, y va creando así un fondo propio que llegue a sustituir a la aportación inicial del Banco Mundial y del Estado.

Inició sus actividades en mayo de 1978 y, hasta el 31 de agosto de 1979, ha intervenido en una serie notable de proyectos cuya distribución por sectores se especifica en el cuadro adjunto. Es posible que algún lector tenga especial interés por el tema, por lo que damos la dirección completa de la entidad: CDTI, Edificio GAN, Ramírez de Arellano, s/n. Madrid-27. ■

Max Planck. Todos estos caballeros y otros muchos más se dieron cuenta de que, puestos a ser razonables, hay un solo fenómeno deslumbrante, que no puede ser explicado causalmente: la coincidencia. La premonición es una coincidencia, como lo es el hecho de que un individuo pueda, de vez en cuando, sacar de una baraja la carta que desea.

Pero si nos quedásemos en eso —y en eso se quedan casi siempre nuestros magos—, la cosa no valdría más que para urdir historietas en los semanarios populares. Hay otras coincidencias más sorprendentes y, por supuesto, más aburridas. Cuando Sir Alister Hardy, por ejemplo —un nombre que le deja frío a todo el mundo, menos a los biólogos— afirma que la formidable coordinación colectiva de los foraminíferos no puede deberse más que a la existencia de un "cerebro común", del que cada individuo no es sino un obrero, no hay manera de inventarse una historia romántica de terror y ocultismo: es más agradable hablar con los marcianos. Las "paraciencias" quieren ser atajos.

En última instancia, pues, la explicación "paranormal" de algunos acontecimientos no es sino una manera "otra" de encontrar lo que Arthur Koestler, que es un converso, llama "las raíces de la coincidencia". Pero los científicos que se limitan a ser sencillamente eso y no "paracientíficos", adelantan hipótesis de una índole muy poco divertida para los crédulos. Los físicos hablan de universos paralelos, por ejemplo, no porque hayan visto fantasmas, sino porque saben lo que es el "espacio curvo" de Einstein, el tiempo bidimensional y cosas por el estilo. Los psiquiatras saben que existen formas de comunicación interhumana no verbales, pero no porque se pasen la vida leyendo los naipes, sino porque conocen al Freud menos periodístico y sospechan —al revés que los magos— que la comunicación extrasensorial fue una forma arcaica de relación, abandonada cuando se comprobó, viviendo, que el invento de la comunicación oral era más útil y exacto. Los matemáticos creen que es posible vaticinar el futuro, pero no porque los secretos estén escritos en la arena o en las tazas de té, sino porque saben muy bien cuáles son las leyes de la probabilidad, del azar y de las series eventuales.

Naturalmente que el mundo es

¿QUIERE USTED SER UN ASESINO?

POR lo menos dos amables y cultos lectores, J. L. G. y M. F., se han molestado un poco por lo que escribí acerca de Lorenz, Tinbergen y Frish en el artículo "Viaje a los dos hemisferios" (TRIUNFO, número 884). Tal vez convenga, pues, precisar. Yo jamás dije ni pensé que esos tres etólogos premiados con el Nobel de Medicina fuesen tontos o desvergonzados. Por el contrario, son, cada uno a su manera, tres grandes científicos. Lo que dije y digo es que para un hombre libre es alarmante ver cómo recae un Nobel médico sobre tres no-médicos que han conseguido aprender más que nadie cómo se comportan los patos, las gaviotas y muchos pajaritos. Porque de ese aprendizaje otros pueden extraer consecuencias lamentables, tratando de establecer analogías entre lo que hacen los animales y lo que hacemos nosotros, cosa que lleva, irremediablemente, a que nos traten como se trata a los animales. Está muy bien que todos los chicos y grandes de este mundo lean libros y vean películas sobre la vida animal y escuchen a todas horas que, nos pongamos como nos pongamos, el pez grande se come siempre al chico. Pero de esa insistencia se ha derivado una convicción grave, a saber: que también entre nosotros, los homini, tiene que ocurrir lo mismo y a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. A mí personalmente —no sé si a mis comunicantes les pasará igual— me molesta muchísimo que pretendan hacer conmigo las cosas que se aprenden martirizando ratas, porque yo, como cada uno de mis comunicantes, soy un ser único e irrepetible y no me da la gana que nadie me conduzca al paraíso.

*Por eso mencionaba en ese mismo artículo a Robert Ardrey (por cierto, convertido en "Audrey" por el fenómeno parapsicológico de la errata), un brillante escritor de obras de teatro que, sin embargo, ha ganado fama mundial por sus trabajos de divulgación científica, sobre todo por uno: **La evolución del hombre: la hipótesis del cazador** (1). Ardrey, recurriendo a las pruebas que le convienen y desestimando las otras, predicó hace unos años la buena nueva de que somos una especie asesina. La Historia es preciosa. Nuestros antepasados peludos se mataban entre sí a troche y moche y se comían los sesos unos a otros, y como esas cosas eran naturales, lo siguen siendo. Nadie puede poner el grito en el cielo si lo seguimos haciendo ahora, porque la agresividad es la base del equilibrio natural. Todos los animales son así, y nosotros también. Los etólogos han puesto a los políticos y a los educadores la carambola como se las ponían a Fernando VII, si no recuerdo mal.*

En la nota sobre "parapsicología" que ven ustedes en esta misma página digo que a la gente le gusta mucho más aceptar lo que es simple y rocambolesco, que lo que exige estudiar un poco, de manera que las ideas de Ardrey, hijo espiritual de Lorenz y de los otros, le parecen a todo el mundo muy hermosas. Da gusto lo equilibrado que queda el mundo cada vez que un águila se zampa a una musaraña. También da gusto lo bien que comemos los que sobrevivimos a una guerra en la que han cascado los menos capaces.

Por supuesto, científicos que no eran antes dramaturgos, como Erich Fromm o Ashley Montagu, han contestado con precisión a Robert Ardrey, sobre todo Ashley Montagu (2). Pero sus libros son más molestos, exigen del lector alguna paciencia y ciertos conocimientos básicos de Antropología, Zoología, Geología, etcétera. Y no hay tiempo para nada, tal y como está la vida. El trabajo concienzudo y tranquilo de Montagu deshace las frases hechas y los popularismos, acaba con los criterios novelescos que tenemos acerca del canibalismo o de la guerra, describe la vida animal como un esfuerzo de cooperación y no como una matanza continua, y sobre todo devuelve al hombre su libertad. Sólo asesina el que quiere. Hagan juego. ■

(1) Alianza Editorial. Madrid, 1978.

(2) *La naturaleza de la agresividad humana.* Alianza Editorial. Madrid, 1978.

misterioso, pero el problema no es ése. El problema es que para deshacer los misterios hace falta saber sumar y restar: no basta el sueño, ni mucho menos la camelancia.

Pero hay, aún, otro aspecto del asunto que convendría recordar, para no intranquilizar a nuestros parapsicólogos y a nuestros jesuitas. El racionalismo convencional se ha empeñado y se empeña en describirnos un universo compartimentado, disciplinado, bien clasificado en casillas y subcasillas. Sin embargo, ha sido la mismísima ciencia racionalista la que ha derrumbado ese edificio. Desde el siglo XIX hasta hoy, han ocurrido cosas que hacían polvo esa concepción del mundo como un archivo en el que cada fichero tiene sus fichas sin mezclarse con la del fichero vecino. La ciencia de la electricidad, por ejemplo, mezcló sus fichas con las del magnetismo y fenómenos como la luz, el calor y los colores se resumieron en las radiaciones electromagnéticas. Los físicos nucleares irrumpieron en el campo de los químicos y la Medicina se redujo, al cabo, al conocimiento de procesos electroquímicos. Einstein, de una manera, y los que le siguieron, de otras maneras, redujeron un océano de fenómenos a un fenómeno único, al que llamaron "energía". Y así, cincuenta mil cosas, que perdieron su aparente diversidad para convertirse en un solo misterio, abrumador y tentador.

De manera que, por procedimientos racionales y razonables, la propia Ciencia descubrió el panteísmo, una palabra que ponía y pone muy nerviosos a los ortodoxos a rajatabla, porque viene a decir que existe una fuerza única y total, una *simpatía* universal, que nos hace a todos, como a los foraminíferos, tubos de un formidable órgano y dueños tan sólo de un sonido de cuantos componen la gigantesca sinfonía. Eso le costó la vida, y además en la hoguera, a más de un pionero, al que enloquecieron los escrupulosos celadores del orden establecido.

De manera que la gente se está metiendo en un lío, porque si es cierto que podemos llegar a verdades últimas o penúltimas, "conectándonos" con el único principio, es que los panteístas tenían razón, cosa que me temo.

En cualquier caso, esta sociedad nuestra, que tan estentóreamente proclama sus deseos iconoclastas, está en un grave peligro, por culpa de la invasión de los entendidos en ocultismos, semiocultismos y pararrealismos. Bien pudiera llegar a ocurrir que terminásemos todos arrodillados, como lacayos ante los nuevos dogmas, sustituyendo una liturgia por otra.

Constantemente me acuerdo de unas palabras de Emmanuel Mounier, cuando, al relatar los tumultos del Primer Milenio, honraba a los pocos seres humanos que no se flagelaron por los caminos, ni se rasgaron las vestiduras porque se cumplían las señales del Apocalipsis, nacían niños con miembros de batracio, predicaban los profetas y los visionarios en los atrios de las iglesias y eran adorados como sagrados mensajeros todos los que nacían con frenillo, fimosis y la figura de la svástica en el cielo de la boca. Aquellos pocos seres humanos, que no entraron en el juego mágico, se recluyeron en los conventos y se pusieron a copiar libros, o tendieron calzadas, o levantaron molinos, o abrieron acequias, o extrajeron carbón de las oquedades de los nibelungos, o pusieron colleras a sus bestias para que no se estrangulasen. Esos pocos intolerantes prefirieron dejar a los más inseguros la tarea de encontrar vías de acceso a las praderas invisibles de la "paranormalidad". Nosotros estamos hoy aquí gracias a esos pocos. ■ F. M.

Nubes lenticulares sobre Washington.

NOTA.—Tengo la mala costumbre de tachar mis errores mecanográficos con la tecla "9". Eso hizo que en el texto titulado "Euskera: una manera de pensar" (TRIUNFO, número 885) apareciese un sorprendente "999". Lo siento. Si hubiese sido un "666" podría haberme justificado, porque esa es la cifra de la gran bestia apocalíptica. ■ F. M.

YA ESTA A LA VENTA

Director:

EDUARDO HARO TECGLEN

En su número 62, especial de TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

- 1939-1979: CUARENTA AÑOS DE ESPAÑA, por Eduardo Haro Tecglen.
- FRANCISCO GIRAL, PASADO Y PRESENTE DE LA REPUBLICA, por Luis Méndez Asensio.
- SOCRATES GOMEZ, DE LA DERROTA A LA REPRESION, por Eduardo de Guzmán.
- IGNACIO GALLEGO, EL PAPEL DEL P. C. E., por María Ruipérez.
- JULIAN GORKIN, TESTIMONIO DE UN REVOLUCIONARIO PROFESIONAL, por Víctor Claudín.
- JOSE PEIRATS, LA C. N. T. Y LA REVOLUCION SOCIAL, por María Ruipérez y Manuel Pérez Ledesma.
- EUSKADI: 1939-1979. BAJO EL SIGNO DE LA REPRESION, por Juan Aranzadi.
- LA IGLESIA FRANQUISTA, por E. Miret Magdalena.
- CATALUÑA EN LA GUERRA CIVIL, por Eduardo Pons Prades.
- LA NOVELA ESPAÑOLA ENTRE 1939 y 1979, por Joaquín Marco.
- EL PENSAMIENTO ESPAÑOL: 1939-1979, por Joan Castellá-Gassol.
- ESPAÑA 1939-1979: Selección de textos y comentarios a cargo de Fernando Díaz Plaja.
- INTRODUCCION A CUARENTA AÑOS DE ACTIVIDADES ARTISTICAS, por J. Corredor Matheos.
- CUARENTA AÑOS DE CREACION MUSICAL EN ESPAÑA, por Llorenç Barber.
- LA POESIA ESPAÑOLA, DE LA COMBATIVIDAD AL FRACASO, por Eduardo Haro Ibars.
- EL ENTREACTO INFINITO, por Fernando Fernán-Gómez.

- CINE ESPAÑOL (1939-1979): LEYES CONTRA EL TALENTO, por Diego Galán.
- ENCUESTA: OCHO RESPUESTAS SOBRE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA: Panayotis Kanellopoulos, Max Gallo, Gabriel Jackson, Uslar Pietri, Múgica Láinez, Sábato, Stephen Spender, Gerald Brenan.
- BIBLIOGRAFIA, a cargo de María Ruipérez.
- PORTADA: Cartel, especialmente diseñado para este número, original de Carles Fontseré.

TIEMPO de HISTORIA